

LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION CATÓLICA QUINCENAL

GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

Redactor y Propietario, D. Adolfo Clavarana, Abogado.

D. SILVESTRE.

Mi vecino D. Silvestre fué siempre uno de esos hombres que vulgarmente se llaman *echaos palante*. En política era un camaleón de presa, en filosofía un avestruz y en religion un caballo. Reunía pues el hombre una buena parte de la historia natural.

Yo le traté algun tiempo y ese tiempo me bastó para saber que era intratable.

Luego vinieron ciertos acontecimientos políticos y habiendo tenido que emigrar pasó en Francia algunos años. El que al marchar era ya libre pensador, racionalista, ateo y majadero por más señas, no hay que decir lo que sería á la vuelta, despues de bañarse en las aguas del Sena á la sazón bastante cargadas de cieno. Don Silvestre vino escupiendo por el colmillo y hablando pestes del atraso de España, que, á pesar de sus trescientas sesenta y cinco revoluciones por año, no había aún echado á puntapiés á todos los curas de sus Iglesias.

¡Los curas! Esa era la pesadilla de D. Silvestre. Cuando hablaba de ellos había que atrancar la puerta. La blasfemia corria de su boca como de su propia fuente y ni Dios ni los santos quedaban sin su correspondiente injuria.

Las hidrofobias antireligiosas de D. Silvestre llegaron á crecer tanto en su ánimo, que tomaron el carácter de monomanía.

No había perro ni gato á quien D. Silvestre no tratase de convencer de que el hombre no es más que un animal, y la verdad es que si lo decía por él, tenía razón. En seguida la espetaba contra los frailes y monjas, diciendo cada barbaridad que temblaba el orbe y cacareando á voz en grito que los mandamientos de la ley de Dios y de la iglesia, artículos de la fé y demás capítulos de la doctrina cristiana, no eran más que invenciones para sacar los cuartos al pueblo y tenerlo con los *ojos cerrados*.

Al llegar á esto, D. Silvestre perdía la chaveta y redoblabá su cacareo.

—Es preciso decía, *abrirle al pueblo los ojos*, y que sepa que con todas esas paparruchas del infierno y de la gloria se le está engañando para que no conozca sus verdaderos derechos. Es preciso, si señor, abrir los ojos al pueblo y decirle que todo es mentira, y que no hay más infierno ni más gloria que la que él se proporciona en esta vida con sus trabajos y sus adelantos.

Y en efecto; D. Silvestre así lo hacía predicando á toda hora estas doctrinas que unos tomaban á la broma y otros por lo serio, tragándose el anzuelo y creyendo á pié juntillas que D. Silvestre tenía razón.

Uno de los que llegaron á este caso fué cierto pobrete, antiguo criado de D. Silvestre, que, en union de su esposa, que era otra infeliz, venían siendo, como suele decirse, los piés y las manos de su señor. Fieles hasta dejarlo de sobra y tan desinteresados, como sencillos y caritativos aquel marido y aquella mujer que carecían de hijos, eran la providencia del viejo blasfemo á quien sus tonterías habían reducido á un estado de recursos bastante estrecho y difícil.

Los haberes de D. Silvestre ya casi no consistían en otra cosa que en una pequeña hacienda con cuyos productos vivía, servido por el tío Pedro y la tía Ramona que á fuer de *tener los ojos cerrados* y *no conocer los derechos del hombre* vivían pobre y honradamente con el escaso salario que les proporcionaba el revolucionario predicador.

En la época á que nos referimos D. Silvestre acababa de regresar de un viaje, había recibido un golpe en una espina al bajar un tren y llegó á su casa bastante quebrantado de salud.

La herida de la pierna le impedía moverse y esto atraía al rededor de su butaca una tertulia de vecinos, á quienes D. Silvestre predicaba diariamente sus doctrinas.

El que quería oír barbaridades, no tenía mas que acudir á la tertulia de D. Silvestre. Allí, el incrédulo viejo, rodeado de necios que le hacían coro con sus risas y chanzonetas, se despachaba á su gusto burlándose de todo lo más sagrado y negando hasta el modo de andar en materia de religion y de virtud.

Al tío Pedro y á su muger se les caía la baba.

—Qué talento el del amo, decía el tío Pedro.

—¿Nó ves que ha estado en Francia? replicaba la tía Ramona.

—Estos hombres que entienden de leyenda y han corrió tanto mundo lo saben todo.

—Veas tú, ¡quién había de decir que era mentira todo lo que nos predica el cura!

—Ya, pero como el cura es *reflatario*.

—Y ¿qué es *reflatario*?

—Enemigo de la luz: mujer.

—Pues hijo, si pone el altar mayor los domingos que parece un áscua.

—Esas son otras luces; tú no lo entiendes.

Los comentarios de este jaez se repetían cada día.

Insensiblemente el tío Pedro y la tía Ramona se iban haciendo filósofos é iban entendiendo *de leyenda*.

Entre tanto la herida de D. Silvestre continuaba su curso más pesado de lo que el viejo creía.

Esto le fué empeorando el humor que por último llegó á ser insufrible.

Se necesitaba toda la paciencia y abnegación cristiana de la tía Ramona, para sufrir las impertinencias de D. Silvestre. D. Silvestre se quejaba de todo. Decía que no se le hacían bien las curaciones: que no se les daban los alimentos con tanto esmero. Había madrugada que amanecía desmayado. A penas se le daba una taza de caldo en toda la noche.

Por su parte el facultativo también notó que el enfermo se debilitaba y llegó á creer si efectivamente sería por falta de cuidado. Además, bien claro se veía que las curaciones que se hacían en su ausencia eran destestables. Sus observaciones eran olvidadas.

Esto produjo varios altercados entre el enfermo y sus sirvientes, pero cada altercado le costaba al viejo una recaída.

Cierto día estalló uno gravísimo.

D. Silvestre notó que el gasto de su casa había crecido notablemente. De continuar así, estaba arruinado.

¿Dónde se metía tanto dinero? Cómo se acababa tan pronto el trigo?

La tía Ramona se ofendió y devolvió á su amo las palabras al cuerpo. Casi estuvo á punto de marcharse y abandonar al enfermo.

D. Silvestre desconoció á su antigua y cariñosa sirvienta. Aquel rasgo de altanería le hirió en lo vivo, y al sentirse débil y en tan triste posición se afligió en extremo. Estaba en manos de los que creía sus amigos fieles, y sus amigos fieles le abandonaban. ¿Qué misterio pasaba á su alrededor?

Un curioso observador hubiese podido descubrirlo colocándose aquella noche junto á la gatera del granero de don Silvestre.

—Carga Ramona, decía el tío Pedro ayudando á su mujer á echar trigo en un saquito que esta llevaba debajo de las sayas.

—Perico, ¿y si el amo se engaña y son verdad los mandamientos?

—Qué han de ser verdad, tonta; eso son invenciones de los curas.

—Pudiera equivocarse el amo.

—Bueno es el amo para equivocarse. Carga, carga. ¡Como no es leído!

—Ya sabes lo que me dijo el cura, que esto es un pecado mortal.

—El cura es un *reflatario*.

—Mira Perico no echés más trigo, no sea que haya infierno.

—Qué infierno ni qué ocho cuartos! Cuando el amo, que ha estado en Francia, dice que no lo hay, verdad será. Rellénate también las medias.

Ya comprenderán nuestros lectores lo que estaba pasando en casa de D. Silvestre.

La tía Ramona y el tío Pedro, á fuerza de oír á su amo predicar, habíanse convertido á sus doctrinas. De dos fieles sirvientes, D. Silvestre había echo dos *ciudadanos ilustrados*.

D. Silvestre quería que el pueblo *abriese los ojos*, y ellos los abrieron así como platos. Tanto los abrieron que llegaron á ver todas las cosas de una manera muy distinta de como antes las veían.

Si no había más premio para la virtud que las tristezas que tienen que pasarse en esta vida, ¿qué venían á ser la virtud y la abnegación más que una tontería?

Desde este día le menguaron á D. Silvestre los caldos nocturnos.

Si los sacrificios hechos en favor del prógimo no habían de ser recompensados más que por sus impertinencias, ¿qué necesidad tenían ellos de hacer sacrificios por D. Silvestre ni por nadie?

Desde aquel día la espinilla de D. Silvestre no se curó más que dos veces cada veinticuatro horas.

Si este mundo no tiene amo, ni hay más gloria que la que cada cual se proporciona mientras tiene el ojo abierto, ¿qué necesidad había de pasar estrechesez, para que D. Silvestre pasase anchuras?

Desde ese día menguó notablemente el trigo de D. Silvestre. Y aún hubiese menguado más, no solo el trigo sino otras cosas, si la tía Ramona, á pesar de las burlas de su amo, no se hubiese decidido un día á confesarse con el cura para consultarle sus escrúpulos.

No hay para qué decir lo que en tal consulta pasaría, ni cómo sería evacuada.

—¿Cómo se entiende? exclamó el cura poniéndose colorado como un tomate; ¿cómo se entiende? Atreverse V., una mujer honrada, á meter la mano al trigo de su amo! ¿Cómo se entiende, faltar á sus obligaciones y abandonarse en cuidado del pobre anciano? Usted no sabe que de todas nuestras acciones tenemos que dar cuenta á Dios, que es la justicia por esencia?

—Sí señor que lo sabía, pero como después el amo nos abrió los ojos.....

—¿Qué es eso de abrir los ojos?

—Si señor; nos dijo que todo eso que V. predica de la ley de Dios y de los premios y castigos eran mentiras de V. para tenernos con los ojos cerrados.

—¡Desdichado! El si que tiene cerrados los ojos; pero yo le aseguro que si de esta no los abre, ya no los abre nunca. Vaya, van Vds. á devolverle el trigo y todo lo que le han quitado, y á pedirle perdón por lo de las espinillas. Pues no faltaba más.

Escuso decir á mis lectores cómo saldría la tía Ramona de la consulta. La cara le echaba fuego.

—Cuando yo decía que se equivocaba el amo... Este hombre mío todo se lo cree. Si es lo más asno que paren madres. ¿Qué necesidad tenía yo de estos sofocós?

Cuando llegó á su casa se encontró al tío Perico contando las sisas del mes.

—Treinta y cuatro duros han caído! chica. ¡Treinta y cuatro duros! Que juntos con los ochocientos cuarenta y cinco reales de antes, hacen ya mil quinientos veinticinco reales, sin contar el trigo.

—Haces bien de no contar el trigo, porque lo que cuentas te pierdes, contestó la tía Ramona bufando y quitándose la mantilla.

—Pues qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Que hay un infierno más grande que una loma, y que por burros nos lo vamos á tragar nosotros entero y verdadero.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que tú oyes, si señor; que hay Dios, y como hay Dios, hay justicia; y como hay justicia hay juicio; y como hay juicio, hay penas para los que faltan y premios para los que sobran.

—Eso es mentira, exclamó el tío Perico, hecho una furia y agarrándose como un lapa á los mil quinientos veinticinco reales. Eso es una mentira del cura D. Lorenzo que es un *reflatario* que debía estar en presidio. Voy viendo que el amo tiene razón. Si se quitaran de en medio esas sotanas no habría tantos disgustos de familia.

—Ni al amo le quedaría ya trigo en el granero.

—Pues lo que es yo no suelto los cuartos sin asegurarme bien de la verdad. Si para los hombres no ha de haber más justicia que la que por acá hace el tío Pitorro, Juez municipal del pueblo, que por una pava vende á su padre; ni el lucero de la mañana me saca á mi los mil quinientos veinticinco reales. En cuanto al trigo, no hay que hablar. ¿Quién me convence á mí de que pudiendo yo comer pan de trigo, siga comiéndole de maíz, sabiendo que no hay más gloria ni más infierno que los de este mundo? Nó sería yo un tonto de capirote si dejara escapar esta ocasion que se me presenta de salir del infierno, solo por el gusto de que otros siguieran viviendo en la gloria?

—Si, pero ya habrás oído que en esa materia el amo dice que lo propiedad es un *sagrao*.

—¿Ves tú? En eso se equivoca el amo á pesar de saber tanta leyenda. No habiendo Dios se acabaron los *sagraos*.

—Pero como lo hay, los sagrados no se acaban, contestó una voz sonora á tiempo que se habria la puerta de la habitacion para dar paso al párroco de la aldea.

Al verlo entrar palideció el tío Pedro y cobró ánimo la tía Ramona

—Parece mentira, Pedro, que sea V. el mismo hombre, exclamó D. Lorenzo. Tanta raiz ha echado en V. la mala semilla. Ayer era V. un hombre honrado y fiel y hoy es V. un miserable. ¡Qué cambio tan grande! V. mismo debe conocerlo.

—Si señor que lo conozco, contestó el tío Pedro bajando los ojos.

—Pues si lo conoce V, ¿qué más necesita para saber la verdad? ¿Nó ha oído V. decir que *por el fruto se conoce el árbol*? Pues ¿cómo puede ser árbol bueno el que tan amargos los está produciendo? ¿Ha visto V. alguna vez que el árbol de la verdad y del bien produzca ladrones y asesinos?

—Ustedes eran dos cristianos honrados, de cuyo corazon lleno de fé, brotaban obras de caridad y de nobleza; ahora, desde que su desdichado amo ha borrado esa fé del corazon de Vds., solo dá de sí bajezas y egoismo. ¡Señor, Señor! cuán verdad es que el mundo no puede vivir sin tu santa ley, porque tú eres *la verdad y la vida*! Y sin embargo, aun hay quien se atreve á atacar esa ley sin comprender el daño que se hace.

En aquel momento un ruido como el de un cuerpo que cae pesadamente al suelo, cortó las últimas palabras de don Lorenzo. El ruido se habia sentido hácia la entrada de la habitacion. Precipitose á ella el tío Pedro y retrocedió con el temblor de la muerte.

Su amo D. Silvestre lo habia oído todo y acababa de caer insultado detras de la puerta. El abandonado viejo, falto de alimento y deseando saber lo que pasaba en su casa, habia hecho un esfuerzo para llegar hasta la habitacion de sus criados.

Prestáronsele los consiguientes ausilios y merced á ellos bien pronto abrió los ojos.

Por fortuna al abrir los del cuerpo, tenia abiertos ya los del alma.

Tras de una de esas ojeadas tan propias de los que vuelven en sí, D. Silvestre miró á sus antiguos sirvientes y echó á llorar.

Al ver esto echó tambien á llorar la tía Ramona, despues el tío Pedro y despues el cura.

—¡Quién me habia de decir que vosotros hariais conmigo lo que habeis hecho! exclamó D. Silvestre.

—Perdon, Señor, gimió el tío Pedro cayendo de rodillas.—Yo creí todo lo que V. me decia.

—Tienes razon hijo. Yo solo soy el culpable. Os he enseñado á renegar de Dios y á despreciar su santa ley y vosotros habeis aprendido la leccion. ¡Ojalá este ejemplo sirviera de escarmiento á los que pervierten al pueblo enseñándole el camino de la perdicion!

—Señor, exclamó la tía Ramona, nosotros antes teníamos necesidades y las sufríamos por el amor de Dios; pero desde que nos aseguró V. que no lo habia, no encontrá-bamos ya por quien sufrirlas.

—Si, hija mia, yo soy el culpable, replicó D. Silvestre. Quise echar á Dios de mi lado, y al marcharse se llevó vuestras virtudes; pero desde hoy, no solo volverá á vosotros sino que volverá tambien á mi corazon.

No tengo hijos ni parientes, sois pobres. Para vosotros todos mis bienes. Tomadlos en nombre de mi Señor Jesucristo que me aconsejó hacerlo asi para hallar un tesoro en el cielo.

Si los necios que hemos querido reformar la sociedad hubiéramos predicado de esta manera, el mundo seria ya un paraiso.

Dicho esto, D. Silvestre hizo llamar á un notario y otorgó en el acto una escritura de donacion de todos sus bienes.

Reducido á voluntaria pobreza, fué desde aquel dia sin embargo más rico y feliz que antes. Los que antes le miraban como amo, despues le miraban como padre.

Jesucristo habia entrado, de nuevo, en el corazon de aquella familia.

VARIEDADES.

DON RODRIGO EN LA HORCA.

Ya que ahora es moda periodística dar á los lectores racion colmada de *sucesos* trágicos nos parece hoy del caso recordar uno que aunque antiguo es por lo edificante digno de contar.

Nos referimos á la muerte de un hombre célebre que habiendo sido muy malo supo morir tan bueno que creó con su ejemplo de valor y de dignidad cristiana, un dicho vulgar que todos conocemos. «Tienes más orgullo que D. Rodrigo en la horca.»

Hubo en España, há ya más de dos siglos, un caballero llamado D. Rodrigo Calderon. Nacido este de padres no ricos, pero hidalgos, llegó por vários modos á verse en tal altura, que aunque falto de merecimientos y de vida nada cristiana, alcanzó á ser primer Ministro y poderoso privado del Monarca D. Felipe III, que entonces reinaba: tuvo los títulos de conde de la Oliva, Marqués de Siete Iglesias, y alcanzó en fin, tal grandeza y poderio, que él solo disponia de todos los dineros y de todas las mercedes del reino. Ensoberbecióse D. Rodrigo hasta tal punto con tan inesperada fortuna, y soltó á sus pasiones tan larga rienda, que por sus propios desmanes, y perseguido por sus émulos, perdió en un dia, con la gracia del Soberano, su poder, sus riquezas, sus honores; y encausado y preso fué condenado por sentencia del Rey á morir degollado en la Plaza Mayor de Madrid.

Oyó D. Rodrigo su sentencia con gran valor, y volviéndose á un crucifijo que estaba en su prision, exclamó compungido: ¡Bendito seas mi Dios! Cúmplase en mí vuestra voluntad.

Desde aquel momento su vida fué tan penitente y santa, que las asperezas de ayunos, cilicios y otras con que se trataba, no ménos que la humildad con que adornaba todo su porte, y las grandes limosnas que hacia, solo podian compararse á la ostentacion en que habia vivido antes de llegar aquel trance.

De esta manera pasó tres meses aguardando la ejecucion de su sentencia, hasta que ya una noche su confesor; despues de haberle encarecido los premios que Dios dá á los que saben aprovecharse de lo que padecen, ofreciéndole sus trabajos en retorno de su sagrada Pasion, le anunció que de allí á dos dias daría su cuello al verdugo. «Quiera Dios, Padre mio (le respondió D. Rodrigo entonces) que mis pecados no sean parté para que yo pierda tanto bien;

pues por ahora le puedo asegurar que me ha dado Su Magestad tanto gusto al condenarme á muerte, que si no pareciera mal me riñera.»

Lleno el rostro de alegría, y con fervorosos actos de fé, recibió al siguiente dia por la mañana el Santísimo Sacramento, diciendo tiernamente: «¡Señor mio Jesucristo! pues hoy venís vos á mí, consiga yo ir mañana á vos: en vuestras manos encomiendo mi espíritu...»

Pidió luego recado de escribir y puso á su padre que aún vivía, una carta, donde entre otras cosas, le decía: «Triunfó la emulacion pero con tan distinto modo del que discurrieron sus designios, que habiendo sido su fin perderme para siempre, para siempre me he ganado, asegurándome lo principal, que es mi salvacion segun la confianza que tengo en la divina misericordia... Se me ha confirmado la sentencia de muerte, que padeceré tan gustoso, que deseo por instantes llegue el de entrogar mi garganta al cuchillo, y derramar mi sangre por la voluntad de mi Señor Jesucristo, en descuento de mis pecados, pues el mismo Señor tan liberalmente, derramó por mí la suya.»

En este ánimo continuó hasta su última hora. Lo único que le causaba gran vergüenza, era el considerar que daba ocasion con sus devociones para que se creyese que eran más ostentacion que virtud; y con este pensamiento, poco antes de salir al patíbulo quitóse los cilicios para que no se hiciesen públicos. A todos sus amigos y criados consolaba, diciéndoles: «Señores, ahora no es tiempo de llorar; pues voy á ver á Dios y á cumplir su santísima voluntad.»

Llegado á la puerta de la casa en que habia tenido su prision, vió la mula en que habia de ir, y dijo: «¡Jesus! ¿mula para mí? No habia de ser sino un seron en que me llevasen arrastrando, y me fuesen atenaceando sacándome bocados de mis carnes!»

En el último escalon para subir á la mula, dió el Santo Cristo á su confesor, y tomando la rienda en la mano izquierda, se santiguó con la mano derecha, puso el pié en el estribo, y teniendo el otro el verdugo, subió á caballo tan airosamente y con tanto valor como si fuera á fiestas. Luego se compuso la túnica; y volvió á tomar el Crucifijo, besándolo con grande fervor. Llegó luego el verdugo á atarle las piernas con una liga por debajo de las cinchas de la mula, y le dijo D. Rodrigo: «No me ates amigo: ¿piensas que me tengo de escapar? Bien sé que voy á morir.» Replicóle su confesor: Sostéguese V. S.; que el verdugo obra lo mandado;» á lo cual respondió D. Rodrigo: Pues siendo así, ata, amigo, ata.

Empezó á caminar, y el pueblo lastimado pedia por él á gritos diciendo: Dios te perdone; Dios te dé valor; Dios te dé buena muerte; y el respondía sin mirar á nadie: Amén; Dios os lo pague, que si hará.» Llegó su confesor á animarle, y le respondió: Padre mio vamos en buena hora, que no me falta ánimo, pues le llevo grandísimo para padecer esta muerte, pues por mí la padeció más deshonrosa ¡mi Señor Jesucristo. Vamos en nombre de Dios; y pues su Divina Magestad y el Rey mi Señor lo quieren, voy contentísimo á cumplir su voluntad y pagar mis pecados. Y más adelante añadía: Padre, esto no es ir afrentado; esto es ir siguiendo á mi Señor Jesucristo, y triunfando; pues á su Divina Magestad le iban blasfemando y escupiendo, y á mí me van encomendando á Dios. Rueguen á Su Magestad, Padres míos, no quiera pagarme en esta vida el triunfo que padezco, por el mucho gozo que siento.

A vista ya del cadalso, oyó á unas mujeres que decían en altas voces: Dios vaya contigo y te perdone tus pecados; á lo cual don Rodrigo sin mirar quien lo decía, y alzando los ojos al Cielo, respondió: ¡Dios mio! por la sangre santísima que derramásteis por mí, que hagais lo que os pide vuestro pueblo.

Puesto ya de pié sobre el cadalso, y despues de sentado en la silla dande habia de ser degollado, no desmayó un solo punto ni el valor ni la piedad, ni la humilde contrición de D. Rodrigo. No pudiendo abrazar al verdugo por tener los brazos atados, dióle beso de paz en el carrillo. Llegó, por fin, el terrible momento, y reconciliado nuevamente con su Dios, dejó la vida en manos del verdugo, pronunciando con fervor inexplicable, pero sin miedo, y hasta su último aliento, el dulcísimo nombre de Jesus.

Párate bien, hijo mio, párate bien á considerar la vida y la muerte de este hombre. De cuna humilde, sube á las grandezas del favor cortesano; embriagado con su fortuna, se olvida de Dios, y busca satisfacciones ó su orgullo y á su ansia de gozar, in que pudiera hallar un momento de verdadero goce ni de paz interior. Y este mismo hombre, cuando Dios le llama á padecer la afrenta de una prision tan larga, y de un suplicio público,

consigue, solo con volver los ojos á aquella Religion de cuya observancia habia vivido lejos, encontrar en la ignominia y en la muerte la paz interior, la suma alegría y la celestial esperanza, que no logró mienras fué grande, poderoso y afortunado.

¿Puede haber nada comparable á una religion que hace de un gran malvado un gran santo y de un suplicio afrentoso un motivo de gozo y de esperanza?

Meditémoslo y seguro que de su meditacion sacaremos mucho fruto.

EL LORO Y EL GRILLO.

(FABULA)

Erased un Loro maldito,
Que se gloriaba de Santo;
Porque siempre era su canto
El Santo-Dios y el Bendito.

«Calle el necio, y no eche plantas!
(Dijo un Grillo.) No te alabes;
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas»

Y tuvo razon el Bicho
Y aún sus tiros se enderezan
A esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.

Pues la cristiana Oracion
Jamás se remonta al Cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazon.

(Fábulas ascéticas)

PENSAMIENTO.

El que quiera saber cual es el verdadero camino de la vida que estudie á los que mueren.

Jamás he visto morir á un hombre de bien arrepentido de su conducta. En cambio á los perversos los he visto siempre morir cuando no arrepentidos, desesperados.

Meditese lo que esto significa y se habrá aprendido una gran leccion.

MAXIMAS CRISTIANAS.

¿Quieres vivir en paz con Dios?
Cumple sus mandamientos.
¿Quieres vivir en paz con el prógimo?
Ten paciencia.
¿Quieres vivir en paz con tigo mismo?
Mortificate.

Más bien podemos hacer á los demás corrigiéndonos nosotros, que corrigiéndonos á ellos.

(Neprov)

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones y cuartos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó bien deja su distribucion al arbitrio de esta administracion para que la haga en las aldeas, huertas, caserios, fábricas, establecimientos penales etc.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »

Los pagos se harán por trimestres adelantados, y los que hayan de recibir su paquete fuera de la localidad satisfarán además mensualmente cincuenta céntimos de peseta por accion, por el gasto de correo, ó bien 25 céntimos ó 12 céntimos respectivamente cuando sea media accion ó un cuarto de accion lo suscrijo. Para América el gasto de correo será doble.

Suscripcion á un solo ejemplar de cada número. 6 reales al año. Pago adelantado.

Imprenta de Cornelio Payá. calle Mayor, 37.